



Democracia y dictadura

Leemos en «El Socialista» una conversación que su corresponsal en Berlín, Julio Alvarez del Vayo, ha tenido con el viejo caudillo socialista alemán Jorge Ledebour. Merece comentarlo.

Nos dice de él Alvarez del Vayo:

«Le creía muy envejecido ya; acababa de cumplir setenta años y no hacía mucho que había salido de la cárcel. Pero hay algo en este hombre que le remoja y mantiene en perpetua agresividad. En los últimos tiempos ha sido uno de los más combatibles, y no por los buenos burgueses, sino por los elementos afines, por sus propios compañeros de partido. Su espíritu se rebela contra todo lo que suponga boicot de la inteligencia. Acepta y defiende la dictadura del proletariado; pero rechaza la imposición petulante de ese grupo de jaleadores radicales que pretenden monopolizar ahora, dentro del movimiento proletario, la idea de la Revolución. ¡Jaleadores de café-concierto, que van a acabar irreverentemente haciendo de la admirable Revolución rusa un «número» más!»

Sincero eso del boicot a la inteligencia, no era ella. Es muy natural. La inteligencia o es crítica o no es inteligencia. Y en tiempos de dogmatismo pragmático, de acción a toda costa, de ansias de dictadura, la inteligencia estorba. Porque la inteligencia es antidogmática, es crítica, y se preocupa de que es lo que se ha de dictar. Y las dictaduras de lo que menos se cuidan es de lo dictado. Su oficio es formal. La cosa es mandar y no estudiar el mandato.

Después que Ledebour acepta y defiende la dictadura del proletariado. Nos permitimos dudarlo. Será a lo sumo uno de los que no se atreven a oponerse a ella. Porque esa dictadura tiene que parar siempre en la imposición petulante del grupo de jaleadores radicales que pretenden monopolizar, dentro del movimiento revolucionario, la idea de la Revolución.

Hay que decirlo muy claro y muy alto y cuantas veces sea menester: ni un enfermo sabe mejor que su médico el mal de que padece y menos la medicina que le es menester; ni un pueblo, por muy proletario que sea, conoce bien los males de que sufre, ni menos su más adecuado remedio.

La política, la verdadera política, es algo técnico, y la administración lo mismo. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que aboguemus por la dictadura de esos a quienes se llama «técnicos». Deben hacer política los políticos técnicos, no los técnicos metidos a políticos. Y los políticos técnicos no son precisamente los de profesión o carrera. Ni un gran agricultor ha de entender, por serlo, de política agraria; ni un ingeniero de la política que deba seguirse en lo de los ferrocarriles; ni un militar ha de ser mejor ministro de la Guerra que un civil. Y esto suponiendo que el ingeniero y el militar sean verdaderamente técnicos en sus profesiones respectivas, lo que ya es suponer bastante.

¡Haciendo de la admirable Revolución rusa un «número» más!» ¡Pues claro, hombre, pues claro! En muchos la revolución rusa es lo que sigue a los bailes rusos. ¡Otro baile más! A lo que ayuda nuestra ignorancia de la lengua rusa.

Prosigue el corresponsal en Berlín de «El Socialista», de Madrid, y escribe:

«Ledebour no se esfuerza en ocultar la amargura que le roe. Es, sobre todo, un amargado. Hay algo de tragedia en la situación de estos viejos luchadores, que, figurando antes en la extrema izquierda y habiendo tenido detrás de sí al núcleo más avanzado del partido, se encuentran de pronto fichados como conservadores y reaccionarios. De la consagración exagerada del líder, que tanto perjudicó al movimiento obrero, particularmente en Alemania, donde las masas no se movían sin mandarlo el Comité director y carecían de toda iniciativa, se ha pasado al extremo opuesto. Hoy lo «rebeld» es maltratar al líder y en un tono grosero; es una manera de afirmar la independencia.»

Bien; pero esto, ¿lo ha escrito Alvarez del Vayo en Berlín, o se lo han añadido en Madrid? Si no conociéramos la independencia y seriedad de Alvarez del Vayo y las de la dirección de «El Socialista», supondríamos lo segundo. Pero es que lo que pasa en ese sitio pasa en el otro.

¡Conservadores!, ¡reaccionarios! Sí, todos abusamos de estos y otros epítetos, todos resolvemos las cosas con motes. Es la terrible pereza mental... ¡Hay tanto en qué pensar y tan poco tiempo y tan escasa inteligencia para pensar en ello! Pensamos ya por máquina. Hay un arte escolástico, y a las veces cabalístico, de resolver los problemas.

En una reunión popular a que asistimos, al hablar de la diferencia que va del liberalismo, que es el respeto a los derechos individuales, y la democracia, que es el gobierno de los más, un grupo de comunistas, enamorados de la revolución rusa — de la que nada sabrán, — se puso a gritar: «¡Abajo la democracia!» Ignoraban que la dictadura del proletariado es lo extremo de la democracia, del gobierno de la mayoría. Tal como estas cosas se entienden.

¿Pero es la democracia eso? ¿Es la democracia, o gobierno del «demo», del pueblo, el gobierno ejercido por la mayoría? Según Pericles, maestro en ella, no; según Pericles, la democracia es el gobierno, no «de» los más, sino «para» los más. Y pueden los más no saber gobernar para sí mismos. Ni un pueblo es los más. La democracia será, en todo caso, el gobierno para el pueblo, para todos. Pero no de todos. Todos no pueden gobernar. Es más aún: no le faltaba razón a aquel señorito ático, que fué Alcibiades, cuando decía que se llama pueblo a todo lo que se opone al que ejerce el Poder público, al que gobierna. El pueblo no suele querer mandarse a sí mismo; quiere, o que no le manden, o que lo mande otro.

Dicen que la deocracia es una ficción, que el pueblo no manda en ella. Duguit lo ha remachado. Pero la dictadura es otra ficción y aun mayor. En la dictadura del proletariado ésta no dicta nada. Y no dicta porque ni tiene ni sabe qué dictar. Ya lo veremos.

Miguel DE UNAMUNO.

